

Rojo y blanco

El año pasado fue Sloan. Encontraron su cadáver desperdigado por el pueblo. El brazo apareció en la puerta de su casa, señalándola. Todos los años era igual. La tormenta. La historia. Una muerte violenta e inevitable. La frustración. El miedo. Todo eso por un lado, y por el otro ella. No parecía justo. Su predecesor se lo había explicado bien:

“Sabrás lo que va a pasar y lo único que podrás hacer será contar la historia adecuada: aquella que todos oigan, pero solo esa persona entienda”.

Todavía no quería levantar la vista, aunque el murmullo de las voces empezó a decrecer. Podía ser cualquiera. Sin embargo, para ella estaría tan claro como si la sentencia de muerte la llevara tatuada en la frente. No quería saberlo aún. El silencio se fue tornando exigente, demandando sus palabras con una avidez desesperada que la hizo temblar y estremecerse como un pajarillo. Pensó en colinas verdes. En primaveras de antaño, de cuando el frío no se colaba por los resquicios de los mundos y ella no existía y sus historias no eran necesarias porque los brazos de la gente no aparecían en las puertas de las casas, sangrando todavía sobre la nieve fría e inmaculada.

Alzó la vista y vio cómo un rictus de miedo hecho escalofrío recorría las filas de caras serias.

Solo le llevó medio segundo averiguar quién iba a desvanecerse esa noche. Lo inesperado fue constatar que ella no era la única que lo sabía: la pobre criatura también lo había sentido, y eso era poco común. El año pasado Sloan escuchó su historia impertérrito antes de irse, risueño y bromeando, directamente a los brazos de la muerte. Nadie se daba cuenta, por regla general. Además, era demasiado joven, apenas mujer, apenas viva. Normalmente los escogidos eran niños muy pequeños o gente mayor. El patetismo anciano y el absurdo infantil eran los bocados más sencillos de obtener dada la fragilidad de los vínculos que los ataban a este mundo. La miró un segundo de más, con extrañeza, y entonces vio el bulto lloriqueante al que se aferraba la joven. Un primogénito recién nacido.

Una voluntaria. Se había hecho antes, pero requería una historia diferente.

La temperatura descendió y todos se apretujaron con la excusa del frío, buscando en el contacto otro tipo de calor. Era inútil, ella lo sabía y la pobre muchacha lo sabía también. La elección ya había sido acordada. La cueva estaba llena de gente pero la historia era solo para una persona. Tendría que escoger con cuidado. Miró de nuevo a la joven, sintió su miedo latir como un corazón desbocado. Estaba llena de vida y suerte y tendría que arrancarse las dos del pecho. Sacrificio. Tenía que hablar de sacrificio. De pronto, su memoria se llenó de palabras y su boca se hizo sonido. Era el momento de contar la historia de Teo.

El mundo había cambiado tanto cuando Teo traspasó ese umbral que los hechos que ante nuestros oídos suenan inexplicables o directamente escalofriantes no fueron tan sorprendentes para él. Era uno de los infinitos mundos diferentes que pueden darse y era tan válido como es el que habitamos.

Tenía que subir las escaleras de un edificio. Comenzó a subir, escalón a escalón, paso mortal a paso mortal, sin ninguna expectativa diferente a las que se tenían en ese mundo, sin ninguna duda concreta que le hiciera especial allí. Estaba oscuro, de ese color indefinido que nos hace tener miedo. No sé si allí también lo percibían así, como un negro pesado y denso que no se vence por mucho que se fuerce la vista o se busque un contorno familiar, pero está claro que Teo sintió miedo. Con el miedo cambió todo. Si no hubiera sentido miedo, yo no tendría ninguna historia que contar ahora. El miedo paraliza o impulsa, muerde o se deja morder, sangra o hace sangre pero modifica siempre y a todo el mundo hace vulnerable. Teo sintió un miedo

sencillo e infantil que le hubiera avergonzado poner en palabras, cierto, pero un miedo espontáneo y sincero a que esa escalera fuera una trampa de escalones infinita, sin final ni principio.

La mente es poderosa. Impenetrable. ¿Podéis capturar algo que cambia? ¿Podéis enjaular el viento o encerrar el mar o frenar la Luna? No podéis. En el mundo de Teo, la mente era igual de poderosa que la nuestra, pero funcionaba de manera diferente. Allí las cosas no se regían por las mismas leyes que nos sostienen a nosotros, allí la mente no necesitaba una extensión física para transformar la realidad. Por supuesto, los habitantes de ese mundo aprendían a controlar esa capacidad, pero el miedo escapa a todo control, vence toda barrera y la mente de Teo actuó. La escalera no terminaba. El miedo se tornó incredulidad primero. Luego, terror. Teo hizo las cosas que se presuponen en cualquier mundo a un hombre aterrado: gritó, lloró, golpeó cosas, corrió y rezó, a la manera peculiar que tenían en ese mundo de hacerlo. Cuando fue evidente que no iba a terminar, se resignó. Empezó a pensar qué pasaría si él no hubiera sido el primero en plantearse esa pregunta y hubiera más gente, que como él, había quedado atrapada por su propia mente en esa lúgubre escalera infinita. Se sentó a descansar sobre el ventanuco que alumbraba escasamente la oscuridad que había comenzado siendo completa. Una y otra vez había pasado por debajo de él, subiendo sin pena ni gloria los mismos escalones. Ni siquiera había intentado contar, o mantener algún tipo de registro temporal. Tampoco le había invadido el pánico ante la cercanía certera de una muerte por deshidratación, ni el alivio cuando comenzó a encontrar agua y comida a intervalos regulares que le permitían seguir ascendiendo. Como acabo de decir, se preguntó si realmente había sido él el único en plantearse esa posibilidad. Y así fue como conoció a Gulliver.

Apareció de súbito en una de los bruscos giros que la escalera de caracol dibujaba en su ascenso. Estaba allí, tirado sobre unos abrigos hechos de retales, abrigos de abrigos de abrigos que no parecían dar calor suficiente. Saltaba a la vista que era un vagabundo. Apenas levantó la vista cuando Teo llegó a su altura. Teo, por el contrario, sintió una gran curiosidad. ¿Quién era ese que había tenido la misma duda que él? Le invadió un acceso de comprensión repentina, una calidez sincera hacia ese desconocido desarrapado, teñida con un poco de decepción. Ya no era el primero. Los sabios piensan que en todos los mundos el hombre comparte la pulsión por ser el primero en lo que intenta. Yo no puedo decir si es cierto, únicamente puedo confesar que creo que lo es. Esa decepción inevitable habló por Teo. “¿Quién eres tú? ¿Qué haces en mi escalera” El viejo no se movió. “¡Oye! ¡Hola! ¡Te estoy hablando!”

Nada. Teo pensó que estaba sordo y se preguntó qué pasaría si los sordos de repente pudieran oír, o los ciegos recuperaran la vista de improvisto. ¿Cómo interpretarían toda esa nueva fuente de estímulos sensoriales? Entonces Gulliver empezó a gritar. Sí, comenzó a gritar. Su grito reverberó por la escalera como si no fuera a terminar nunca. Era un sonido grave y dubitativo que crecía en intensidad, que no conocía la palabra. Un sonido de bestia, de animal, primitivo como el albor de un pensamiento que no llega a pensarse. Teo sintió miedo de nuevo y deseó por primera vez salir de esa escalera. Había comprendido lo suficiente como para entender que la actividad de su mente más impulsiva tenía mucho que ver con lo que estaba viviendo, así que intentó pensar por encima del grito de Gulliver: “¿cómo puedo salir de aquí?” Miró a su alrededor esperanzado, buscando una puerta, un final, un cambio que evidenciara que había tenido éxito. No vio nada, solo el bamboleo incesante del vagabundo que con los ojos fuera de las órbitas descubría con el sonido de su voz el ruido del mundo. “¿Por qué no funciona?” pensaba Teo, desesperado. Comenzó a gritar él también, forzó a sus neuronas a pensar eso más alto, intentó transformar su voluntad en la pregunta por la huida. De nuevo, nada. No hubo respuesta. Los gritos de ambos se fueron calmando a la vez, alejándose del paroxismo para dar paso a la resignación, incrédula en uno y exhausta en el otro. Se miraron mutuamente y Gulliver comenzó a hablar.

Arrastraba las palabras, las retorció, las mordía. Como un Viernes robinsoniano, las fue adquiriendo con ayuda de Teo. Se hicieron amigos. Se dieron nombre mutuamente. Se acompañaron en el ascenso. Todo lo que dejaban atrás no volvían a verlo. Descender era igual de inútil que ascender, pero ambos coincidían en encontrarle menos sentido.

Gulliver aprovechó para contarle a Teo cuál había sido la pregunta interna que le había llevado a la misma respuesta que a él. “Pedía en la calle, cuando comenzó a hacer frío. Nadie sabe lo frío que puede llegar a ser el invierno hasta que no pasa una noche a la intemperie. Te va extrayendo el calor poco a poco. Los músculos se entumecen, tiemblan primero pero después ni siquiera el escalofrío funciona, el cuerpo está indefenso ante la ausencia. Sí, la ausencia de calor. El frío es ausencia, no lo olvides Teo. Entonces entré en este edificio y el calor me inundó como una ola abrumadora. Comencé a temblar de nuevo, sintiendo cómo ardía, cómo me recuperaba lentamente. Y simplemente me pregunté qué pasaría si me quedara aquí para siempre.”

Una voz femenina traspasó con un destello la escalera en penumbra. Tenía un timbre cálido, ni demasiado grave ni excesivamente chillón, que no tardó en cautivarles. Una mujer. Una mujer que se preguntaba lo mismo que ellos. Incrementaron el ritmo, con disimulo primero y sin subterfugios después, hasta que tan repentinamente como había visto a Gulliver, apareció en la escalera una figura menuda que movía las piernas nerviosamente sobre los escalones tristes. Estaba cantando, pero enmudeció repentinamente en cuanto les vio. Teo temió por un instante que la música no existiera en esa escalera. Era una posibilidad tan absurda, tan espantosa, que lo primero que le dijo a Julia fue: “canta”. Mientras ella reunía el aliento necesario para hacerlo, Teo contuvo la respiración. La canción se alzó con rotundidad sobre las tres cabezas, reverberando como anteriormente el grito de Gulliver, pero con un sentido del que el grito había carecido. Era una canción dulce como su voz, intensa como la mirada de Gulliver sobre la niña, sencilla como la realidad circular que los reunía y cambiante como la mente inquieta de Teo. Nota a nota, la paz fue aliviando el peso que poco a poco se había ido depositando sobre ellos durante el penoso ascenso.

Julia cantaba a menudo mientras caminaban. Conocía pocas canciones, pero la práctica hizo surgir variaciones primero y canciones nuevas después. Se dieron cuenta de que todos los cambios de su mundo nacían de las preguntas sin respuesta de Teo. Una vez, Teo se preguntó si estaban envejeciendo y cuando Julia se despertó descubrió en su melena oscura un cabello plateado. Brillante y enigmática sobre su cabello oscuro de niña, su presencia se transformó en un augurio que nadie osó comentar.

– Acompáñale tú estos días.

Julia y Gulliver avanzaron juntos desde ese momento. El vagabundo disfrutaba de la compañía risueña de la niña, que sabía cuándo debía respetar el mutismo del anciano y cuándo era necesario romperlo. Cuando llegó el momento, ella cantó toda la noche una canción nueva y solemne, que no llegaba a ser triste pero que superaba en belleza a la lágrima más perfecta. También en la escalera existía el duelo. Efectivamente, a la mañana siguiente Gulliver no respiraba y parecía más pequeño que nunca envuelto en su abrigo de harapos. Teo comenzó a odiarse a sí mismo, pese a que Julia buscaba con denuedo el alivio que no podía darle.

Odiaba la escalera. Odiaba sentirse responsable de la muerte de Gulliver, aunque nada en concreto le culpara de la misma. Odiaba ver la juventud de Julia encerrada ahí con él. Sobre todo, detestaba ser incapaz de controlar lo que su propia mente había creado. Si era obra suya, ¿no se le suponía cierto dominio? Se preguntó una y mil veces por el suicidio, por el final de la condena, pero nada ocurrió. El ventanuco no podía abrirse ni romperse y delante de Julia no podía permitirse emprender una carnicería. Tampoco podía permitirse abandonarla. Era algo implícito que la única posibilidad de huida de Julia pasaba porque en la mente de Teo se formara una pregunta cuya respuesta les permitiera salir de allí. No era suficiente con que fuera correcta en términos teóricos, tenía que ser, como lo habían sido todas hasta el momento, una pregunta fuerte, sincera y cuya respuesta les fuera imposible alcanzar de otra manera que no fuera la pregunta. Julia crecía, y Teo envejecía.

Mientras esperaban la pregunta, hablaban a veces de Gulliver pero sobre todo comparaban lo que habían sido sus vidas antes. Ella había quedado atrapada de una manera casual. Su tía vivía en ese edificio. Cada jueves por la tarde tenía que ir a visitarla, pero la aborrecía. Odiaba su desinterés, su apatía, el olor a alcohol, la mano suelta, las visitas de hombres que la miraban a veces lascivamente pese a que solo era una niña y que trataban a su tía con el desprecio que se reserva a quienes se compadece y odia profundamente a la vez.

Odiaba ir a intentar alegrar un lugar que no quería ser alegre. Así que un jueves deseó no llegar nunca al tercer piso. Y todavía no había llegado.

– *¿Puedo preguntarte una cosa, Teo?*

– *Claro, dime.*

– *¿Cuál fue mi pregunta?*

– *¿Tu pregunta?*

– *Sí, me dijiste que encontraste a Gulliver tras preguntarte si eras el único que había quedado atrapado aquí. Pero si yo me uní a vosotros más tarde, mi pregunta tuvo que ser diferente. ¿Qué te estabas preguntando?*

– *No lo sé.*

Julia le miró sorprendida. Teo guardó silencio. Ese “no lo sé” no pretendía ser enigmático, simplemente no podía explicar la presencia de Julia, por mucho que la agradeciera. Julia no insistió. Nadie más apareció. Pasó el tiempo, que se leía bien en las curvas de ella y en las arrugas de él. Pasaron los escalones cansinamente bajo la letanía constante de sus pasos. Había días en que no hablaban. Otros, Teo contaba una historia. Julia seguía cantando, pero las canciones repletas de algarabía infantil habían cambiado. Las que ahora inventaba eran contrapuntos ansiosos, o promesas disimuladas, o lamentos porque la pasión que nacía en su pecho no podía transformarse en actos. Teo comenzó poco a poco a perdonarse lo de Gulliver, a perdonarse a sí mismo en cada fallo y a desear que Julia tuviera al menos, como él, la oportunidad de equivocarse y sufrir y sentir en qué consistía eso de quedar atrapada en su propia duda en vez de en la de otro. Al principio Teo no fue consciente de ese deseo.

Nada inducía un cambio capaz de suscitar preguntas. El tiempo pasaba y ellos apenas lo percibían. Hasta que un día Teo miró a Julia justo cuando pasaban por debajo del ventanuco y la vio realmente. Vio su cuerpo juvenil con los músculos tensos por el ascenso, vio su perfil serio a contraluz, como una imagen en sepia recortada hábilmente en la penumbra. Sintió que la quería y se asustó. Si bien poco puede hacerse contra el miedo, nada sirve contra el amor. Os dije que el miedo sangra y hace sangrar, bien, el amor es sangre. Irreverente, mudable, salvaje, colapsante. Empezaron a tener miedo, ambos. Una, de las miradas que sorprendía sobre ella. Otro, de su ansia irreprimible de mirar. Empezaron a dormir más separados, y esa distancia solo acercaba más sus temores. La escalera se parecía cada vez más a una cárcel y en la mente de Teo ninguna pregunta encontraba la salida. Durante ese intervalo de tensión, Julia dejó de cantar. La música desapareció de la escalera, como la confianza, la amistad y la calma. Todo desbaratado por la pulsión irreprimible que Teo sentía.

Todo por culpa del amor. Ese elemento invasivo y desestabilizante había destrozado todos los argumentos. Sentía nacer en su interior una pregunta poderosa y definitiva, pero no quería pensarla, no quería encontrarla, no quería afrontar el cambio inevitable que auguraba. Se concentró en eludirla, día tras día la evitaba. Se engañaba a sí mismo, se evitaba a sí mismo. Escondido en las profundidades de su mente, trataba de huir de sus propios pensamientos.

Julia empezó a plantearse la huida, aunque no encontrara solución factible a la misma. No podía matarle, porque aunque consiguiera hacerlo, después estaría atrapada allí para siempre y probablemente abocada a una muerte segura si la comida y el agua desaparecían también con Teo. Luego comenzó a plantearse el suicidio, pero nuevamente no encontró una manera limpia y eficaz de acabar con su vida, sabía que negarse a comer y a beber no surtiría efecto con Teo ahí y tampoco creía que fuera capaz de hacerlo. Los escalones eran garantía de daño, pero no del daño suficiente. Además, el ventanuco era intratable: habían intentado abrirlo hasta que les sangraron las manos al principio. Ahora lo miraban con resignación distraída o directamente no se percataban ya de su presencia. Se planteó luego si podría pedirle a Teo que la matara. Si la quería, tal vez se planteara hacerlo, tal vez se apiadara de su infelicidad y de su miedo y llegara a la misma conclusión que

ella: no podían seguir en ese estado mucho tiempo antes de que uno de ellos hiriera gravemente al otro.

Cuando la pregunta se hizo insoportable, cuando chillaba y repicaba contra la mente de él con una frecuencia enloquecedora y no había manera de alejarla ni si quiera en sueños, cuando los ojos de Julia la formulaban cada vez que se cruzaban inevitablemente con los suyos, Teo se rindió a ella. Se detuvo con calma bajo el ventanuco, aprovechando los resquicios de claridad que se colaban por esa mirada rectangular a ninguna parte, cerró los ojos y la dejó escapar.

Cuando los volvió a abrir estaba en una habitación de color rojo completamente vacía.

Un piano sonaba con hastío, pero no había piano. Se giró lentamente, sintiendo a su espalda una presencia dolorosamente familiar. “Es blanca”. Fue lo único que pensó, como si el color de la sangre que se extendía suavemente sobre el suelo escarlata fuera lo único erróneo.

– No lo entiendo– balbuceó Julia, con los ojos muy abiertos.

– ¡Es blanca!

Ella puso torpemente las manos sobre la herida, tratando de contener el líquido blanco que manaba a borbotones, presionando con desesperación y sin éxito el inexplicable boquete que le horadaba el pecho.

– Déjalo– susurró él, con cariño. – Está bien así.

La mancha se extendía implacable, las manos de ella no lograban contenerla.

– ¿Te duele?

– No, está bien así.

– ¿Qué es lo que está bien así?

– Tú.

Así murió Teo, con la sonrisa en el rostro. Las notas del piano desaparecieron. La pintura roja se deslizó de las paredes, las propias paredes se desmoronaron sobre ella, que se preguntó si este era el final de la escalera. La encontraron acurrucada en los escalones, a medio camino entre el segundo y el tercer piso, completamente blanca y con más años de los que tenía dos semanas antes, cuando había desaparecido. Lo único oscuro que había en ella eran las pupilas dilatadas en la penumbra de la escalera mal iluminada. Llamaron a los Especialistas, que tomaron nota de su testimonio y registraron la muerte de dos Filtrados de bajo nivel. Estas cosas pasan, dijeron. Es imposible detectarlos a todos a tiempo, dijeron. Restableceremos tu color natural, dijeron. Firma estos papeles, exigieron esta vez. Ella esbozó una sonrisa lenta. Triste. Tomó los papeles y los firmó.

Los firmó con las manos pálidas y un nombre blanco hecho de nieve.

Cerró los ojos. Siempre había sido así. El tenue silencio tras la historia. Los primeros susurros. Las preguntas a media voz, medio valientes y medio cobardes de los niños que eran rápidamente acalladas por sus padres. Ahora todos saldrían a la noche, balbuceando apenas unos, vociferando otros. Con los ecos de su historia resonando todavía en los oídos se irían a dormir y no dormirían. A la mañana siguiente admirarían la extrañeza y el desengaño que supone estar perfectamente vivos y preguntarían quién faltaba. Esta vez llorarían más, porque Sloan era un viejo carnicero sin miedo a la muerte y esta niña había acudido a ella protegida solo con una historia para confortarla y un bebé lloriqueante para tornar su suicidio en sacrificio.

No se engañaba, no había praderas. La suya era una guerra contra el terror, ante un enemigo afilado hecho de cosas que no comprendía y que mataba con sangre y sin motivo. Era obvio, como el aire,

como el sol. Y dolía tanto que le cortaba el aliento en la garganta. Recordó las palabras de su maestro:
“Muchas veces maldecirás la inutilidad de tu función. Te preguntarás qué cambio puede suponer una historia. Tienes razón, solo con historias no venceremos. Pero piensa en esto: si algún día vinieran a buscarte a ti, ¿querrías enfrentarlos vacía o querrías tener de tu lado las palabras?”

Relato de **Manuela Gamonal Fernández**

Accésit en la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.

AEIOU (Químicas), ASCII (Informática), GREBAS (Biológicas), La Salamanca del Círculo Polar (Veterinaria),
Numenor (Matemáticas), Relatividad (Físicas)